

LICANTROPÍA MAYOR

Confieso que soy más bien lampiño que hombre de pelo en pecho. De joven eso me preocupaba mucho, ahora ya no, ahora la moda es que no se tengan pelos en ninguna parte. Miles de gentes, tanto hombres como mujeres, gastan una fortuna en quitárselos ya sea manualmente o por rayos laser. Así que ya me ahorré una buena cantidad. No tengo pelos en el pecho pero tampoco en los brazos y las piernas. Mi bigote es muy ralo y la barba nunca me la he dejado. Allá donde ustedes saben sí tengo unos pocos pelos, no demasiados y todos lacios. Y eso es todo. Bueno, no todo, falta lo principal: también soy calvo. Mi mujer se queja de eso. Bueno, de eso y de mil cosas más. Dice que le faltan pelos donde meter sus dedos, que le hubiera encantado decirme peluche, peluchito dice ella. Y esto me lo ha repetido en nuestros diez y siete años de casados. Bueno, diez y siete años, cuatro meses, seis días, diez y ocho horas, veintitres minutos y siete segundos. Algunas veces me ha sugerido que compre pelo artificial y me lo ponga en la espalda y en el pecho, algo así como un bisoñé corporal, me dice la muy ingrata. ¡Ojalá y Raulito cuando crezca sí tenga pelos! Ya han de haber adivinado que Raúl es mi hijo. Lo peor es que creo me heredó en eso. Ya tiene quince años y no tiene casi nada. Como para prevenir discusiones posteriores le pregunté que si no le importaba. Qué cosa, me respondió. Que seas lampiño como yo, le dije. Me vale, contestó y después de decirlo se puso a escuchar música en su I Pod o lo que es lo mismo, que ya no me hizo el menor caso.

En mi oficina me dicen pelón. Pelón para acá y pelón para allá. Siempre he pensado que esto de pelón es una ironía. Pelón debe decirse a la persona que tiene mucho pelo. El que tiene nalgas prominentes le dicen nalgón, al de nariz grande narizón, al de cabeza gigante cabezón. Por lógica pelón es el que tiene mucho pelo. Y no, es el que no tiene nada o casi nada.

Así somos los humanos de incongruentes. Aquí entre nos, les diré que me molesta mucho este apodo pero no lo digan pues si se enteran me lo van a decir más veces.

Bien, a qué vienen todos estos antecedentes, por qué los toco ahora si ya es un mal que tengo desde hace años. Se los diré. Desde hace un mes me están saliendo pelos por todas partes, hasta en la cabeza. Yo no lo podía creer. Pero es verdad. Ya mis brazos cambiaron hasta de color, ahora tienen una como sombra oscura, lo mismo que mis piernas y mi mentón. Alguien, y con razón, me preguntó que si estoy tomando hormonas, testosterona específicamente. Contesté que no, que aún no las necesito. Quizás cuando llegue a los cincuenta y eso no funcione, pero ahora funciona bien.

Lo anterior más que nada me produce felicidad. Lo confieso. Lo que me asusta no es eso. Es que ya en dos meses, cuando la luna está llena, me entran como, no sé explicarlo bien, como una inquietud interna, unas ganas de salir al bosque y caminar y caminar hasta encontrar alguna presa para comérmela cruda. Eso jamás de los jamases me había sucedido. Y repito, me asustó.

No es por presumir pero tengo mi cultura, no demasiada pero sí la suficiente. Dentro de los libros que he leído y de alguna película que he visto me ha llamado mucho la atención la licantropía o sea el que un ser humano se transforme en lobo. ¿No será que eso me esté sucediendo a mí? Les juro que me asusté mucho al pensarlo. Así que me puse a estudiar esto.

Lo primero que me enteré es que los humanos que se transforman en lobo no lo hacen cualquier día, como los vampiros, no, sólo en noches de luna llena. Estos hombres lobo atacan a cualquier ser que se les presente a diferencia de los vampiros que escogen a su víctima. Cualquier humano se puede transformar en lobo: hombres, mujeres y niños. Cuando regresan a su estado anterior aparecen vagando en el bosque, siempre desnudos. Esto

último tampoco me gustó mucho pues yo soy muy púdico. Ya me veo en el bosque de Chapultepec en domingo y yo caminando desnudo totalmente.

En otro libro me dicen que licantropía es una alteración mental donde el hombre se cree lobo. Esto es más creíble para mí. Una cosa es transformarse y otra creer que se transformó uno en algo. A continuación vienen los síntomas de los que padecen esta alteración: a) Les da por aullar. Yo conozco a muchos que aullan, empezando por mi mujer, mis sobrinos de dos y tres años y los cientos de adolescentes que acuden a los conciertos de los cantantes de moda. b) Les da por comer carne cruda. Los árabes con su kippe crudo y los alemanes con su carne tártara son entonces candidatos. c) Apetecen la carne humana. Todos entramos en esta categoría. Los hombres desean carne humana femenina, las mujeres masculina, los bisexuales de los dos y los homosexuales de la misma que ellos. d) Con frecuencia tienen rabia, se muestran agresivos, tienen espasmos musculares faciales que hacen que muestren los dientes con una expresión de ferocidad. Qué raro, no pensé que estos científicos conocieran a mi suegra. ¿Pero yo, qué tanto tengo de eso, o peor aún, me estoy convirtiendo en un verdadero hombre lobo? No quiero que me maten con nada de plata o fuego, que son las dos únicas formas de acabar con ellos. Flechas de plata, lanzas con punta de plata, cuchillos de ese mismo metal o las llamas, no las de Perú, sino con llamas de fuego. No quiero morir incinerado.

Ay Dios, ya salió la luna y está llena. No puedo seguir escribiendo. Cada segundo tengo más pelos. Auuuuuuuuuuu. ¡Quiero comer!, comerme una pantorrilla de mujer o un pecho grande. Grrrrrrrrrrr...

Nota del editor: El escritor de esta historia se perdió en el bosque, fue hallado muerto con una bala de plata en el corazón.

Tomás Urtusástegui Agosto 2006